Δαίμων. **Revista Internacional de Filosofía**, nº 58, 2013, 33-50
ISSN: 1130-0507

¿Democracia o democracia virtual? La Red y los movimientos sociales de 2011

¿Democracy or virtual democracy? The Net and the 2011 social movements

PEDRO BENÍTEZ MARTÍN[*]

Resumen: La democracia está a la orden del día. Desde muy diferentes lugares y en modo muy diverso se exige democracia; se hace, además, utilizando un medio hasta ahora poco presente en la lucha política: la red. Su intervención dota de una visibilidad extraordinaria a movimientos que, de otro modo, no habrían alcanzado la relevancia que han alcanzado. Este hecho ha dado lugar a la aparición de un doble mito: 1. Que Internet constituye de alguna manera una garantía de la democracia; 2. Que la red hace posible una participación directa e ilustrada de la mayoría de la población. Sin embargo, los mismos movimientos que han proliferado en los primeros meses de 2011 ponen en evidencia que el destino de la democracia se juega en un terreno real, donde la desigualdad en la distribución de recursos, la explotación económica y la dominación ideológica siguen imponiéndose a un *demos* cada vez más escamoteado.
Palabras clave: Democracia, internet, participación, 15-M.

Abstract: Democracy is a current issue. Democracy is very differently demanded from very different countries and places. But in this requirement a new tool has been used in the political struggle: the network. This intervention gives an exceptional visibility to movements that, otherwise, would not have achieved. This fact has led to the emergence of a double-myth: 1. That the Internet is somehow a guarantee of democracy; 2. That the network allows the direct and illustrated participation of the majority of the population. However, the movements that have proliferated in the early months of 2011 show that the future of democracy is played in a real terrain, where the inequality in the distribution of resources, the economic exploitation and the ideological domination is imposed on forgotten demos.
Keywords: Democracy, the Internet, participation, 15-M.

Fecha de recepción: 07/ 11/ 2011. Segunda versión: 03 /11/ 2012. Fecha de aceptación: 21/ 11/ 2012.

* Licenciado en Historia y Doctor en Filosofía por la Universidad de Zaragoza, ha impartido clases de Teoría Política y Teorías de la Democracia en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Murcia. En su trabajo de investigación se ha interesado principalmente por la teoría política marxista, destacando entre sus publicaciones *E.P. Thompson y la Historia. Un compromiso ético y político*, (Madrid, Talasa, 1996), *La formación de un francotirador solitario. Lecturas filosóficas de Louis Althusser (1945-1965)* (Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007) y «Thompson versus Althusser», en *ER, Revista de Filosofía*, nº 34-35 (2005), pp. 303-314. Email: pbenitezmartin@um.es.

1. Introducción

La proliferación de movilizaciones y revueltas de diferente tipo que han tenido lugar durante los primeros meses de 2011 en muy diferentes regiones del planeta, parece poner en cuestión el actual orden político mundial. Podríamos hablar incluso, en el sentido definido por Arrighi, Hopkins y Wallerstein, de un nuevo movimiento antisistémico, provocado —como los de 1968 o 1989— por la «sima creciente entre un aparato productivo que cambia a un ritmo rápido y un aparato institucional comparativamente inmóvil»; y que, como aquéllos, parece orientado contra «los logros de la "vieja izquierda" histórica»[1]

Constatamos también que la rapidez de los cambios económicos, con una incertidumbre «integrada en las prácticas cotidianas de un capitalismo vigoroso» que conduce a lo que Sennet ha denominado la «corrosión del carácter»[2], va acompañada de la pérdida de capacidad de reacción de los Estados y de la consiguiente falta de confianza en las instituciones.

No obstante, las condiciones objetivas no explican por sí solas el alcance de estas revueltas, habiendo sido necesaria la percepción de intolerabilidad de eso que U. Beck ha llamado «la sociedad del riesgo global»[3] o Falk la «globalización depredadora». Digamos además que Falk ha identificado de forma conscientemente provocadora esta «globalización depredadora» con un verdadero «apartheid» —en el sentido de una «especie de segregación global»—, con la firme pretensión de «hace[r] frente a la complacencia moral y política del Norte…»[4].

Porque, y este es un rasgo esencial de este espectáculo rebelde, estamos alcanzando «el límite moral de la multitud»[5], expresión que no oculta su deuda con el evocador concepto de «economía moral de la multitud» que acuñara el historiador británico E.P. Thompson[6]. No es casual que en España se hayan autodenominado «indignados» los participantes en el movimiento del 15-M y no otra cosa que indignación ha impulsado las acciones de Anonymous y su cruzada en defensa de Wikileaks; como indignación —además de desesperación— es

---

1 G. Arrighi, T.K. Hopkins e I. Wallerstein, I., *Movimientos antisistémicos*, Madrid, Akal, 1999.

2 R. Sennet, *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama, 2005 (8ª ed.), p. 30.

3 U. Beck, *La sociedad del riesgo global*, Madrid, Siglo XXI, 2002.

4 R. Falk, *La globalización depredadora. Una crítica*, Madrid, Siglo XXI, 2002, pp. 19 y 24

5 La expresión no es mía, así es como explícitamente quiso que me llegara su interpretación de lo que estaba pasando uno de los participantes en las movilizaciones del 15-M en Barcelona.

6 «Es posible detectar en toda acción de masas del siglo XVIII alguna noción legitimizante. Con el concepto de legitimación quiero decir el que los hombres y las mujeres que constituían el tropel creían estar defendiendo derechos o costumbres tradicionales; y, en general, que estaban apoyados por el amplio consenso de la comunidad. En ocasiones este consenso popular era confirmado por una cierta tolerancia por parte de las autoridades, pero en la mayoría de los casos, el consenso era tan marcado y enérgico que anulaba las motivaciones de temor o respeto. [… Estas acciones] operaban dentro de un consenso popular en cuanto a qué prácticas eran legítimas y cuáles ilegítimas en la comercialización, en la elaboración del pan, etc. Esto estaba a su vez basado en una idea tradicional de las normas y obligaciones sociales, de las funciones económicas propias de los distintos sectores dentro de la comunidad que, tomadas en conjunto, puede decirse que constituían la "economía 'moral' de los pobres". Un atropello a estos supuestos morales, tanto como la privación en sí, constituía la ocasión habitual para la acción directa». E.P. Thompson, «La economía 'moral' de la multidud en la Inglaterra del siglo XVIII», en *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, Crítica, 1982 (2ª ed.), pp.65-66.

lo que impulsó al joven tunecino Mohamed Bouazizi a inmolarse quemándose a lo bonzo el 17 de diciembre de 2010, dando fecha oficial al inicio de la denominada «primavera árabe».

Las exigencias de estas revueltas y movilizaciones difieren en realidad poco de las de 1989 o 1968: libertad y democracia, igualdad y justicia social, transparencia, rechazo de la corrupción y de unos políticos con los que los ciudadanos no se sienten representados.

Lo novedoso de estos movimientos radica en que hemos podido asistir a su gestación en directo, pues sus participantes han sabido utilizar los medios proporcionados por las nuevas tecnologías, Internet especialmente. A partir de aquí, sin embargo, la imaginación se ha desbordado.

En las páginas que siguen pretendemos:

1) mostrar que lo que estas movilizaciones ponen en cuestión es cierta idea de democracia, concretamente la democracia estricta o meramente representativa;
2) combatir la falsa y muy difundida idea de que la red permite una participación directa e ilustrada de la mayoría de la población, convirtiéndose de ese modo en el verdadero artífice de la democracia definitivamente real;
3) poner en evidencia que el destino de la democracia se juega en un terreno real en el que la desigual distribución de recursos, la explotación económica y la dominación ideológica siguen imponiéndose a un *demos* cada vez más escamoteado.

2. Una hipótesis de partida dudosa

La presencia de la red en los movimientos de 2011 —el indudable papel desempeñado sobre todo en su alcance mediático—, ha dado pábulo a la idea de identificar Internet con la causa y verdadero origen de la revuelta. La red, podríamos decir, ha sido elevada a una categoría cuasi divina, habiendo sido identificada con la nueva ágora que podría hacer realidad el ideal de la *isonomía* e *isegoría* griegas. Sin duda titulares como los de *Foreign Policy* (a propósito de los sucesos de Túnez) contribuyeron a ello: «The First WikiLeaks Revolution?».

El evidente papel desempeñado por la publicación de papeles de Wikileaks y la puesta en marcha de miles de «bloggeros» que movilizaron a una población dormida, ha facilitado la difusión de esa idea. Conocemos la historia: A partir de la publicación de algunos papeles de Wikileaks, la revuelta se extiende al modo de fichas de dominó por el mundo árabe, desde Marruecos a Siria, Yemen o Bahrein, pasando por Libia o Egipto, no sin la activa participación de la nueva sociedad de redes en la que «cada ciudadano es un «periodista» en potencia». El diagnóstico es alentador: «las inmensas posibilidades de Internet y de las redes sociales representan, en este sentido, una esperanza considerable de democratización de la información»[7].

La prensa diaria, incluidos los columnistas de mayor reputación académica, expresaban al calor del movimiento la misma idea. Gabriel Albiac, por ejemplo, presentaba en las páginas de *ABC* (18/05/2011) ese mismo alentador retrato del 15-M:

---

7 I. Ramonet, *La explosión del periodismo. De los medios de masas a la masa de medios*, Madrid, Clave intelectual, 2011, pp. 18 y 20.

> por primera vez, desde que el estado moderno existe, un crío con un portátil, conectado a la red en cualquier punto del planeta, puede hablar de tú a tú a cualquier poderoso. Y ganarle la partida.

Y añadía que este hecho,

> algo prodigioso, hasta hace pocos años impensable [, muestra] la capacidad de movilizar a cientos o a miles, sin estructura organizativa alguna, sin jerarquía, sin líderes, sin sindicatos, sin partidos, sin nada. Solo con la red. Y con un portátil de cuatro perras. Y una wifi gratuita en cualquier cafetería.

Poco importa el escepticismo final de Gabriel Albiac, pues apunta indudablemente a la virtualidad del ideal clásico de la democracia ateniense. Así parece.

Ramón Cotarelo ya había utilizado pocos meses antes los términos *politeia* y ágora para referirse a la realidad virtual que estamos viviendo:

> La *politeia* contemporánea es virtual y el agora, digital. Son los centros neurálgicos del proceso político contemporáneo y se están imponiendo de modo espontáneo, sin que haya una planificación previa ni un proyecto. El foro era el lugar al que los ciudadanos acudían a entablar el debate público sobre asuntos de interés general; el ciberforo es el punto de confluencia del intercambio contemporáneo y cada vez ocupa una posición más central en el conjunto del sistema político en detrimento de las instancias tradicionales del proceso, formales e informales.[8]

Algunos han ido más allá para afirmar la emergencia de un nuevo sujeto revolucionario: el «pronetariado» (sic), verdadero protagonista en el desarrollo de

> une nouvelle forme de lutte des classes entre ceux qui détiennent les moyens de production et de diffusion des informations [infocapitalistes] et ceux qui, jusqu'alors considérés comme spectateurs, lecteurs ou usagers passifs, prennent une part croissante aux processus planétaires de création et de distribution d'informations[9].

Pocos se han atrevido a denunciar sus límites y peligros, al menos con la rotundidad de Paul Virilio, para quien la informática «representará un poder tal de disuasión que los pueblos no se moverán más». Virilio llama la atención sobre esa «especie de utopía que pretende hacernos creer que la técnica aportará finalmente la felicidad y un mayor sentido humano», subrayando, por el contrario, su extraordinario poder de dominio[10].

---

8 R. Cotarelo, *La política en la era de internet*, Valencia, Tirant lo Blanch, 2010, p. 106.

9 J. de Rosnay, *La révolte du pronétariat*, Paris, Fayard, 2006, p. 11.

10 P. Virilio, *El Cibermundo, la política de lo peor*, Madrid, Cátedra, 1997, pp. 14, 101 y 78-80 respec. Bastaría prestar atención a las series de TV sobre diversas agencias de seguridad norteamericanas para darnos cuenta de la potencialidad de estos medios puestos al servicio del Estado. Pensemos en «NCIS» o en «Mentes criminales» y en personajes como Penélope, antigua hacker reconvertida.

Resulta cuando menos sorprendente el determinismo tecnológico que se desliza tras cierto ciberoptimismo. No estamos ya en el siglo de las Luces, cuando se pensaba que la razón conduciría a la humanidad de forma inexorable hacia la libertad y la felicidad. Ni en el siglo XIX, cuando todavía Marx depositaba grandes esperanzas en el desarrollo de la técnica y en las vías que abriría para la unión de los proletarios. El siglo pasado conocimos Auschwitz y Hiroshima, y apenas hemos conocido un día de paz en lo que llevamos de siglo XXI ¿Estaría entonces justificado evocar la seductora imagen del ágora y la democracia ateniense al referirse a la potencialidad democrática de la red?

Y, sin embargo, debemos constatar que la simple comparación con la imagen griega denota ya «el atractivo irresistible» de una democracia que «sigue siendo el prototipo para mucha de la experimentación democrática que se ha venido produciendo desde entonces»[11]. Este atractivo pone además sobre el tapete una de las causas de la protesta (al menos en Occidente): la absoluta insatisfacción con la democracia (meramente) representativa.

3. El mito prometeico actualizado

No creo que haya dificultad en admitir con Castells que «la tecnología de información es el equivalente histórico de lo que supuso la electricidad en la era industrial»; Internet, añade Castells, «constituye actualmente la base tecnológica de la forma organizativa que caracteriza a la era de la información: la red»[12]. Si nos remontamos unos cuantos siglos más atrás, al siglo V a. C., podríamos compararlo con la metalurgia, con el fuego que, recordemos, Prometeo robara a los dioses para dárselo a los hombres.

Esta alusión al mito de Prometeo, verdadero texto apologético de la democracia en la versión de Protágoras, me parece relevante. Recordemos que, en esta versión, el saber técnico no garantizaba la supervivencia de los seres humanos, «ya que aún no poseían el arte político, en el que está integrado el bélico. Al construir ciudades buscaban agruparse y ponerse a salvo, aunque cuando estaban reunidos se agraviaban los unos a los otros, dado que no poseían el arte político, de modo que se volvían a dispersar y perecían»[13].

El razonamiento hoy sigue siendo el mismo: la tecnología digital por sí misma no garantiza la supervivencia humana al no llevar en sí esa sabiduría política que resulta extraña al saber técnico. Y, sin embargo, se sostiene con excesiva frecuencia y premura que esta nueva tecnología, la digital, tiene la virtud de proporcionarnos toda la información y formación necesarias para la competencia política. Aquí encontramos el primero de los grandes mitos de esta nueva era.

No estaría de más, por otro lado, echar un vistazo a las diversas presentaciones que ha hecho Lorea en diversas facultades y ciudades de España —accesibles a través de la red—, o a una de las redes federadas a Lorea, N-1, cuyo lema reza: «las herramientas del amo nunca desmontarán la casa del amo», que vendrían a subrayar tanto la potencialidad de la red como la determinación política —no sólo tecnológica— de esa potencialidad. Ver https://n-1.cc

11 P. Resnick, «Isonomía, Isegoría, Isomoría y democracia a escala global», en *Isegoría* nº 13, pp. 174 y 172 respec.

12 M. Castells, *La Galaxia Internet*, Madrid, Areté, Cultura libre, 2001, p. 15.

13 Platón, *Protágoras*, Madrid, Alianza editorial, 1998. 322b.

Si reconocemos la «neutralidad» de la red en tanto «instrumento» en cuestión de «objetivos y fines»[14], deberíamos concluir que esta neutralidad muestra justamente que la red está sometida al mismo juego de conflictos y luchas de la vida real.

> Las sociedades cambian a través del conflicto y se gestionan mediante la política. Como Internet se está convirtiendo en un medio esencial de comunicación y organización en todos los ámbitos de la actividad, es obvio que los movimientos sociales y los agentes políticos lo utilizan y lo utilizarán cada vez más, transformándolo en una herramienta privilegiada para actuar, informar, reclutar, organizar, dominar y contradominar.[15]

Las palabras de Castells son importantes porque hablan de contrarios, de «dominio» y «contradominio». La red, es cierto, posibilita la acción coordinada de, por ejemplo, los ciberactivistas de Anonymous, pero no son diferentes los medios con los que actúan las fuerzas policiales encargadas de perseguir a éstos, gozando además —lo que no es poco— de los recursos del Estado. Podemos recordar la sucesión de detenciones de ciberactivistas en diferentes puntos del planeta, las más que extendidas sospechas de que detrás de muchos ciberataques se encuentran diversos gobiernos o, por citar un caso concreto referido a la «primavera árabe», la denuncia que hiciera el director del Centro de Damasco de Estudios de Derechos Humanos, Radwan Ziadé, contra el «Ejército electrónico sirio» por utilizar las armas de la red con el objetivo de «desacreditar a la oposición»[16]. No deberíamos por tanto obviar la posibilidad real de un control absoluto sobre la población al modo —aunque con una tecnología jamás soñada por Orwell— del «Gran Hermano»[17]. Deberíamos pensar incluso si la banalización que nuestras televisiones han hecho de ese orwelliano personaje «inmaterial» no es ya síntoma del dominio bajo el que nos encontramos. En cualquier caso, me parecen oportunas las palabras del Colectivo Política en Red cuando, refiriéndose a las NTICs, habla de sus «posibilidades» y sus «amenazas», subrayando que «no hay un único conjunto de valores inscrito en las nuevas tecnologías de la información». Se trata de «comprender y conformar nuevas posibilidades y nuevos lugares de lucha y conflicto social»[18].

No se trata, sin duda, de negar las grandes transformaciones económicas y sociales que está provocando la red (al modo de las que provocó la revolución industrial), sino de negar el carácter necesariamente democratizador implícito en estos —y aquellos— cambios. Se trata de la misma recaída en el determinismo tecnológico que tanto se reprochara a Marx y que ahora— y de nuevo junto a la reivindicación de un sujeto hacedor de la historia (de su propia historia)— reaparece. Tampoco se trata de negar las posibilidades que abre la red en el desarrollo de la comunicación, la coordinación y aun, en ciertos y reducidos ámbitos, la deliberación; sino de constatar que de tal consideración «no se deduce que todos seamos libres

---

14 R. Cotarelo, *o.c.*, p. 14.

15 M. Castells, *o.c.*, p. 159.

16 http://www.europapress.es/portaltic/internet/noticia-gobierno-sirio-ataca-disidencia-internet-20110523135854.html.

17 Ver Colectivo Ippolita, «El lado oscuro de Google», accesible en http://www.ippolita.net/21.html

18 Colectivo Política en Red, *Repensar la política. En la era de las redes y los movimientos*, Barcelona, Icaria, 2007, p. 14.

por fin gracias a Internet». Como sostiene Castells, «todo depende más bien del contexto y del proceso. Lo que está claro es que Internet es una tecnología particularmente maleable, susceptible de sufrir profundas modificaciones debidas a su uso social, que pueden producir toda una gama de consecuencias sociales que no deben ser proclamadas de antemano, sino estudiadas a partir de su observación en la práctica»[19].

4. Internet no constituye garantía alguna de un proceso deliberativo y democrático

Reconozcamos que el «espacio público», entendido como «aquella esfera en la que tienen lugar todos los procesos de comunicación y deliberación *pública*»[20], ha experimentado un extraordinario desarrollo desde la irrupción de Internet. Reconozcamos asimismo que, frente a la concentración —y consiguiente distorsión— de los *media*, Internet proporciona la posibilidad verdadera de buscar y encontrar una información alternativa que, al menos teóricamente, contribuya a crear un espacio de deliberación pública y a formar a la ciudadanía. Vallespín sugiere de hecho que «pocas veces ha habido una ciudadanía más informada»[21]. Y, sin embargo, David Held abre el nuevo capítulo añadido a la 3ª edición de sus *Modelos de Democracia* con unas inquietantes palabras:

> Un fantasma recorre la política democrática contemporánea: el fantasma de que la política, a pesar de afianzar la responsabilidad de los gobernantes ante los gobernados y ampliar el alcance de la demos a todas las facetas de la vida pública, podría verse reducida al mínimo común denominador: al gobierno de las masas que ni están bien informadas ni son sabias[22].

La contradicción entre el acceso libre a la información y unas masas desinformadas no puede soslayarse y habremos de poner en cuestión la idea de que Internet garantiza, como parece sugerir Cotarelo, «el acceso gratuito e ilimitado al saber de la humanidad en su conjunto»[23].

Una primera razón de esto es consecuencia de la denominada «brecha digital», cuya eliminación demandaría no sólo «el acceso material a los equipamientos tecnológicos», sino «un bagaje cultural que no todos poseen» —incluido el inglés—. Superar ésta reclamaría una verdadera «alfabetización en los medios como parte de una educación cívica integral»[24].

---

19 M. Castells, *o.c.*, p. 19.

20 F. Vallespín, «Un nuevo espacio público: la democracia mediática», en A. Arteta, E. García Guitián, R. Máiz (eds), *Teoría política: poder, moral, democracia*, Madrid, Alianza editorial, 2008 (2ª reimp.), p. 462.

21 *Ibid*., p. 473.

22 D. Held, *Modelos de Democracia*. Madrid, Alianza editorial, 2008 (3ª ed.), p. 331. Se trata del nuevo capítulo titulado «La Democracia deliberativa y la defensa de lo público».

23 R. Cotarelo, *o.c.*, p. 87.

24 F.J. Durán Ruiz, «Retos y oportunidades de la administración y el gobierno electrónicos: Derecho a las TIC y alfabetización digital», en *Zona Próxima,* nº 10 (julio 2009), p. 115, en, http://ciruelo.uninorte.edu.co/pdf/zona_proxima/10/7_Retos%20y%20oportunidades.pdf y Vallespín, *o.c*. p. 469.
«No hay que olvidar la existencia, en un mundo profundamente desigual, del considerable abismo Norte-Sur que separa a ricos pobres, a info-ricos e info-pobres». Ramonet recordaba además que sólo 1 de cada 3 personas de la población mundial ha utilizado Internet. Cif. I. Ramonet, *o.c.*, p. 13 y n.

No es empero el único problema. Aún quedaría otro cuya resolución se antoja imposible por cuanto deriva de la propia fecundidad inherente a la red.

Jöel de Rosnay ha advertido que

> la prolifération des média et des sources d'information ainsi que la difficulté liée au processus de «fiabilisation» font que désormais n'importe qui peut, même en toute bonne foi, être un vecteur de désinformation. Avec les informations colportées par Internet, le phénomène a atteint son paroxysme[25].

En el mismo sentido, Ramonet ha llamado la atención sobre el hecho de que «la oferta de información nos inunda y nos asfixia sin que seamos capaces de procesarla, organizarla, ordenarla en definitiva». Ramonet añadía un diagnóstico descorazonador:

> al igual que el alimento, la información está contaminada. Nos envenena la mente, nos contamina el cerebro, nos manipula, nos intoxica, intenta instilar en nuestro inconsciente ideas que no son las nuestras. Por eso, es necesario elaborar lo que podría denominarse una «ecología de la información».[26]

Lo paradójico del asunto radica en que no son los límites puestos al acceso de la información lo que impide la formación de la ciudadanía, sino la ausencia de prohibiciones, viéndonos así sometidos a la «tiranía del tiempo», a «la dictadura de la urgencia»[27]:

> Aucun être humain n'a la capacité de suivre de manière exhaustive et précise l'actualité dans un secteur donné[28].

Ante esta evidencia, ¿qué hacer?

El problema no es pequeño, pues bien pudiera suceder que, ante tal imposibilidad manifiesta, desistiéramos y, a modo de la fábula de la zorra y las uvas que nos recordara Elster, afirmáramos que las uvas están verdes[29]; y, de ese modo, ni siquiera contempláramos como deseable la mera posibilidad de intentar formarnos[30]. Eugenio del Río planteó el problema de forma meridianamente clara:

> ¿cuánta gente está en disposición de dedicar una parte de su vida (participar supone trabajo y tiempo) a ocuparse de solucionar problemas colectivos, o a gestionar actividades públicas, o a informarse para poder participar en deliberaciones encaminadas a tomar decisiones políticas de cierta altura? No lo sabemos[31].

---

25 J. Rosnay, *o.c.*, p. 107.

26 I. Ramonet, *o.c.*, pp. 8-9.

27 P. Virilio, *o.c.* e I. Ramonet, *o.c.*, p. 19 respectivamente.

28 J. de Rosnay, *o.c.*, p. 111.

29 J. Elster, *Uvas amargas, sobre la subversión de la racionalidad*, Barcelona, Ediciones 62/Península, 1998.

30 Aquí radica una de las tragedias de la democracia actual: el énfasis puesto en la complejidad de la política y la necesidad de los expertos actúa de freno a la participación política, potenciando de ese modo el desinterés y la desafección.

31 E. del Río, *Poder político y participación popular*, Madrid, Talasa, 2003, p. 132.

El problema planteado por Eugenio del Río no es nuevo, lo encontramos de hecho en uno de los autores liberales clásicos, Benjamin Constant. Éste, reflexionando sobre la falta de tiempo de la población para dedicarse a los asuntos públicos, llegaba a una interesante conclusión:

> Es preciso, pues, además del nacimiento y la edad legal, un tercer requisito: el tiempo libre indispensable para ilustrarse y llegar a poseer rectitud de juicio. Sólo la propiedad asegura el ocio necesario, sólo ella capacita al hombre para el ejercicio de los derechos políticos[32].

El problema es que su solución no apuntaba a salvar esa falta de juicio, sino a la exclusión política (además de económica) del bajo pueblo, verdadero rasgo característico de todo el liberalismo político hasta el siglo XX. En la democracia griega, donde todos los ciudadanos sin distinción disfrutaban de los mismos derechos políticos, también operaba este factor tiempo haciendo inviable en la práctica la participación de los ciudadanos más pobres. Pero Clístenes y Pericles se valieron de la argucia para posibilitar la participación de la ciudadanía pobre mediante la introducción del *misthos*. Y aunque esa medida no bastaría para solucionar el problema que nos plantea la existencia de una información virtualmente infinita, nos sugiere que la solución no puede ser la exclusión de la ciudadanía de la toma de decisiones mediante la introducción de diferentes mecanismos de filtrado. [33]

Diferentes alternativas se han presentado en esta dirección.

Por un lado, como nos recuerda Rosnay, «avec l'aide d' "agents intelligens"» se podría eliminar en parte el problema planteado[34]. Podríamos así dejarnos en manos de programas informáticos que, directamente, vayan filtrando nuestras preferencias en la medida en la que damos información sobre las mismas (qué páginas visitamos, qué productos o mercancías compramos…), alienando verdaderamente nuestra calidad de ciudadanos para transmutarla

---

32 B. Constant, *Principios de política*, en R. del Águila, J.A. Gabriel, E. García Guitián, Á. Rivero y F. Vallespín (ed.), *La Democracia en sus textos*, Madrid, Alianza editorial, 1998, p. 137.

33 Aprovechando la ausencia de 4.000 hoplitas, Clístenes y Pericles se hicieron con la mayoría en la Asamblea e introdujeron, en el año 461 a.C., lo que a la postre sería decisivo para la democracia: el *misthos*, esto es, el jornal que permitiría a los ciudadanos pobres participar en los asuntos ciudadanos sin temor a perder horas de trabajo necesarias para garantizar sus medios de subsistencia. Cf. A. de Francisco (2008), «Teorías y modelos de democracia» en A. Arteta, E. García Guitián y R. Máiz (eds), *o.c.*, p. 251. Sobre este tema puede consultarse A. Rosenberg, *Democracia y lucha de clases en la antigüedad*, Barcelona, Ediciones de Intervención cultural/ El Viejo Topo, 2006.

No se trata de negar aquí las limitaciones evidentes del demos en Atenas. Held habla de una «ciudadanía sumamente restrictiva» donde ni extranjeros ni esclavos, además de las mujeres, tenían derechos políticos. Las diferencias con el liberalismo, sin embargo, son evidentes, pues éste se jacta precisamente de haber introducido la igualdad jurídica de todos los hombres, olvidando que, en la práctica, los hombres libres pobres pasaban a engrosar las filas de los excluidos social y políticamente. En esta exclusión se fundamenta la despiadada crítica de Marx contra la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano que encontramos en «La cuestión judía». Pero hay aún un segundo aspecto en el que Atenas supera al liberalismo, incluida la democracia liberal contemporánea, el alcance de la toma de decisiones del *demos*, esto es, el alcance de su poder soberano. En este exacto punto se situaba la radical tesis del ya citado Constant contra la democracia: «la soberanía no puede ser ilimitada».

34 J. de Rosnay, *o.c.*, p. 111.

en la de meros consumidores en un medio caracterizado además por su «falta de escrúpulos morales convencionales»[35].

Podríamos también rendirnos a los «intermediarios del interés general» a los que Sunstein[36] parece rendir pleitesía y permitir que filtraran esa información para el pueblo llano en función de sus necesidades (que, naturalmente, los intermediarios conocerían mejor que el propio pueblo). Podríamos, por último, acudir a «los intermediarios políticos» que «ofrecen «paquetes homogéneos» de información que permiten a los individuos identificar su posición ideológica y reconocer cuáles son sus preferencias en relación con los temas presentes en la agenda». Esta alternativa cuenta además con la indudable ventaja de reducir «los costes asociados a la obtención de la información política»[37]. El problema sería que nos arriesgamos a recibir una información sesgada, limitada a aquello que nos dice lo que queremos ver u oír y, paradójicamente, limitada a la agenda que otros han decidido.

Esto se muestra de forma más evidente fuera de la red, donde los *media* se han convertido en

> un factor de despolitización que actúa principalmente sobre las fracciones de clase más despolitizadas del público, sobre las mujeres más que sobre los hombres, sobre los menos instruidos más que sobre los más instruidos, sobre los pobres más que sobre los ricos[38].

La televisión, todavía hoy el más influyente de los medios de comunicación de masas, no sólo «establece los modos posmodernos de conocimiento», sino que, además, aporta «el contenido fundamental de lo que es la buena vida»[39]. La aparición y desarrollo de eso que se ha llamado *infotainment* (información y entretenimiento, o cabría hablar mejor de «desinfoentretenimiento»), esto es, «la combinación de unos medios cada vez más espectaculares junto con la apropiación y la remodelación del periodismo por parte de los intereses de la industria del entretenimiento»[40], apunta en esta dirección. Su poder de contagio es, además, extraordinario[41].

---

35 R. Cotarelo, *o.c.*, p. 95.

36 Entendámonos, Sunstein se quejaba de lo contrario, de la prácticamente absoluta «capacidad de las personas para «filtrar» lo que quieren leer, ver y escuchar». C.R. Sunstein, *República.com. Internet, democracia y libertad*. Barcelona, Paidós, 2003, p. 15. Sunstein llega casi a sugerir la obligación de escuchar a aquéllos a los que, bajo ningún concepto, deseamos escuchar. Al menos no oculta su republicanismo en sentido estricto, esto es, como régimen crítico y alternativo a la democracia clásica (la soberanía popular), defendiendo las elitistas ideas de los federalistas norteamericanos perfectamente sintetizadas en *The Federalist Papers* X (http://www2.hn.psu.edu/faculty/jmanis/poldocs/fed-papers.pdf).

37 S. Cardenal y A. Batlle, «La utopía virtual: una crítica al ciberoptimismo desde la teoría de la elección racional», en *IDP. Revista de Internet, Derecho y Política* nº 3, 2006, p. 8. http://www.uoc.edu/idp/3/dt/esp/cardenal_batlle.pdf.

38 P. Bordieu, «Otra vuelta a la televisión. Entrevista a Pierre Bourdieu», en *O Globo*, 4/10/1997 (http://pierre-bourdieu.blogspot.com.es/2006/07/otra-vuelta-la-televisinentrevista.html). Puede verse también P. Bordieu, *Sobre la televisión* (Barcelona, Anagrama, 1997), en cuyo prefacio Bordieu no duda en afirmar que la televisión «pone en peligro la política y la democracia» (p. 10).

39 R. Falk, *o.c.*, p. 45.

40 H. Rheingold, *Multitudes inteligentes. La próxima revolución social,* Barcelona, Gedisa, 2004, p. 223.

41 Ofreceré tan solo a modo de anécdota un dato que ejemplifica este contagio de la televisión a otros medios más «serios»: la Cadena de radio los 40 Principales, segunda cadena más escuchada entre los españoles con una

Podríamos pensar que Internet vendría a solucionar este problema, pero resulta harto dudoso dado que nos encontramos en una sociedad que prácticamente no lee[42]; y, cuando lo hace, apenas trata con información que no invita a la reflexión. Hace años, Noam Chomsky se quejaba de que

> en 700 palabras [era] imposible presentar ideas que no resulten ya familiares o conclusiones sorprendentes con los argumentos y pruebas exigidas para otorgarles alguna credibilidad; en cambio, si se trata de regurgitar clichés ya aceptados, no hay que enfrentarse con estos problemas[43].

¿Qué decir entonces de Twitter, verdadero campeón de la red, y sus 140 caracteres?

Esto bastaría para poner en entredicho el exceso de optimismo depositado en la red y la existencia virtual de una ciudadanía competente. Aún más, el mito de la deliberación ciudadana en el ciberespacio (más allá de pequeños círculos) se desploma al comprobar el permanente recurso al anonimato «que no hay modo de evitar» y que apunta contra la «honestidad» necesaria para la reflexión y elaboración colectivas que posibilitarían superar los estrechos límites individuales[44].

Podríamos por tanto decir que las prestaciones para el debate y la deliberación en Internet son interesantes, pero limitadas, inaccesibles para la gran masa de ciudadanos que, en el mejor de los casos, se verá obligada a seleccionar aquellos temas que más le interesen y delegar en otros ciudadanos la responsabilidad de informarse en otros temas.

No se trata por tanto sólo de un coste del acceso a la información, que sería el aspecto subrayado por Downs[45], sino de verdadera imposibilidad material (desde el punto de vista del individuo). La cuestión es entonces saber si nos encontramos ante el dilema presentado por Held: estar dominados por las masas desinformadas o, por el contrario, por élites bien formadas. No cabe duda acerca de cuál será la opción liberal, cuya idea de democracia fue perfectamente sintetizada por Schumpeter:

---

audiencia de 3.975.000 oyentes, y la primera en el ranking de cadenas musicales (datos del Estudio General de Medios del 30 de junio de 2011), cuenta en su programa emblemático «¡Anda ya!», que tiene más de 2 millones de oyentes, con el «habitante de la casa» Carlos «el Yoyas» como «defensor del oyente».

42 *Cifr.* G. Sartori, *Homo videns. La sociedad teledirigida*, Buenos Aires, Taurus, 1998, p. 37.

43 N. Chomsky, «La ilusión necesaria», en *Archipiélago,* nº 9 (1992), p. 23.

44 R. Cotarelo, *o.c.*, p. 83. La elaboración colectiva va mucho más allá del recurso al mejor argumento. No sólo porque la mejor solución estará siempre sometida a la situación concreta en la que se presentan los problemas, situaciones caracterizadas, entre otras cosas, por una determinada correlación de fuerzas. La cuestión es que esta elaboración colectiva requiere una identificación subjetiva previa que exige la definición de situaciones y objetivos comunes. A modo de ejemplo podríamos recordar una escena del *Espartaco* de Kubrick, la escena en la que Varinia es entregada a Espartaco para su deleite: sólo tras un proceso en el que Espartaco se siente objeto (es observado por Batiato y Marcelo) y cuando Varinia pronuncia el «yo tampoco [soy un animal]» se produce la identidad inicialmente inexistente. En la teoría política fue Spinoza quien mostró esta idea ya en el siglo XVII al hablarnos de las «nociones comunes», siendo hoy un referente básico de cierta teoría política radical entre cuyos partidarios encontramos a Toni Negri. De lo que se trata es de comprender que la identidad se construye —al modo de lo planteado por Laclau—, no derivando por tanto de una esencia primigenia. No entro sin embargo en el debate o la polémica entre Laclau, Negri o Zizek, que escapa a mis pretensiones.

45 A. Downs, *Teoría económica de la democracia*, Madrid, Aguilar, 1973.

> Ante todo, con arreglo al criterio que hemos adoptado, la democracia no significa ni puede significar que el pueblo gobierna efectivamente, en ninguno de los sentidos evidentes de las expresiones «pueblo» y «gobernar». La democracia significa tan sólo que el pueblo tiene la oportunidad de aceptar o rechazar los hombres que han de gobernarle. Pero como el pueblo puede decidir esto también por medios no democráticos en absoluto, hemos tenido que estrechar nuestra definición añadiendo otro criterio identificador del método democrático, a saber: la libre competencia entre los pretendientes al caudillaje por el voto del electorado. Ahora puede expresarse un aspecto de este criterio diciendo que la democracia es el gobierno del político. Es de la mayor importancia comprender lo que esto implica[46].

Los límites de esta posición —y de toda democracia (meramente) representativa— están claros. También parece claro que ésta es la realidad que viven las democracias occidentales. Pero no podemos permanecer en un nivel meramente descriptivo. Debemos apostar por otro modelo y, en este sentido, denunciar como falso el dilema —preso de una problemática liberal— que tan ejemplarmente presentaba David Held.

La democracia en sentido fuerte por la que aquí apostamos, una democracia caracterizada por el ejercicio real de la soberanía popular, va indisolublemente unida a una competencia ciudadana derivada de su mismo ejercicio. Del Águila ha insistido en ello[47], y el propio Schumpeter lo sospechó al reconocer que, «sin la iniciativa que desarrolla la responsabilidad directa, persistirá la ignorancia política»[48]. Su *parti pris*, no obstante, le indujo a olvidarlo. Lo extraordinario de la nueva situación es que, gracias a estos nuevos movimientos y revueltas, este debate ha logrado entrar en la agenda política.

5. Anonymous, la «primavera árabe» y el 15-M: red, participación y democracia

Se trata de movimientos muy diferentes en los que aparece como rasgo común su visibilidad a través de la red, si bien sus acciones tienen formas de actuación muy diferentes: virtual en sentido estricto la de Anonymous, de movilización ciudadana en los otros dos casos.

La movilización de Anonymous, decimos, es una movilización virtual en sentido estricto: «son miles y forman el nuevo brazo activista de la Red. Sin nombres, sin líderes, sin portavoces, pero temidos por sus ataques en cualquier punto del planeta»[49].

No es necesario detenerse en sus acciones para comprender el alcance de sus acciones, de sus ataques, ya se trate de las firmas que negaron apoyo a Wikileaks, de las webs oficiales de Túnez o de la Ley Sinde en España. En todo caso debemos hacer algunas consideraciones:

1. Sus acciones tienen en lo esencial un carácter reactivo, utilizando además técnicas que podríamos calificar —sin que ello entrañe ninguna descalificación— de sabotaje,

---

46 J.A. Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*, en R. del Águila, J.A. Gabriel, E. García Guitián, Á. Rivero y F. Vallespín (ed.), *o.c.*, p. 222.

47 R. del Águila, «La participación política como generadora de educación cívica y gobernabilidad», en *Revista Iberoamericana de Educación,* nº 12 (1996), pp. 311-44.

48 J.A. Schumpeter, *ed.cit.*, p. 220.

49 J. Elola, «Somos Anonymous», suplemento Domingo, *El País*, 16/01/2011, p. 2.

lo que puede ser motivo de polémica entre los propios partidarios de la democracia en la red.

2. El carácter democrático de sus acciones no deriva del medio a través del cual éstas se llevan a cabo, ni de sus tácticas, que pueden ser utilizadas desde muy diferentes ámbitos y perspectivas y dar lugar a verdaderas guerras en el ciberespacio, sino de la definición de sus objetivos.

Aunque de carácter aparentemente limitado, con reivindicaciones que no parecen ir más allá de principios liberal-democráticos (transparencia y libertad de expresión), constituyen «una nueva forma de ciudadanía internacional»[50] y, por esa razón, ponen en cuestión el orden nacido tras la Paz de Westfalia —basado en el Estado-nación—, reivindicando nuevas formas de participación ciudadana.

Por lo que respecta a las revueltas de los países árabes, sería de necios obviar la función desempeñada en ellas por la red. Reconoceremos en Wikileaks, en la publicación de los informes que mostraban la corrupción de las élites tunecinas, la función de espoleta a la que seguirían importantes movilizaciones populares, la inmolación del joven Mohamed Bouazizi, el ataque de Anonymous a las webs oficiales del país y un mayor recrudecimiento de la movilización popular que culmina con la caída de Ben Ali.

La revista *Foreign Policy* presentaba así los acontecimientos el día 13 de enero:

> Tunisians didn't need any more reasons to protest when they took to the streets these past weeks —food prices were rising, corruption was rampant, and unemployment was staggering. But we might also count Tunisia as the first time that WikiLeaks pushed people over the brink. These protests are also about the country's utter lack of freedom of expression —including when it comes to WikiLeaks[51].

Y, sin embargo, más que en el caso de las acciones de Anonymous, el optimismo desmesurado se viene abajo al simple contacto con una realidad dramática:

> Ya no podemos seguir hablando de una Primavera Árabe —dice Shadi Hamid, Director de Investigación del Centro Brookings de Doha (Qatar)—, porque se está demostrando nuestra impotencia para frenar el derramamiento de sangre en Siria, Yemen, Libia o Bahrein. Hasta ahora, pensábamos que el pueblo podía ganar con las nuevas armas de Twitter, Facebook y YouTube, pero los regímenes dictatoriales tienen fusiles y tanques... y *a veces, muchas veces, ganan los tanques*.

Red y realidad difieren hasta el punto de que

> *a menudo lo que vemos en Twitter y Facebook nos ofrece una imagen distorsionada de la realidad*, porque la mayoría de los que participan en esas redes sociales son laicos progresistas, mientras que, por ejemplo, la mayor parte de los egipcios son reli-

50 I. Ramonet, *o.c.*, p. 111.

51 E. Dickinson, «The First Wikileaks Revolution?», en *Foreign Policy*.http://wikileaks.foreignpolicy.com/posts/2011/01/13/wikileaks_and_the_tunisia_protests.

> giosos y conservadores. Sólo 9,5 de los 85 millones de egipcios están en Facebook, mientras que el más poderoso movimiento social de Egipto es el de los Hermanos Musulmanes[52].

Es por ello que Samir Amin, en una verdadera exigencia materialista, ha exigido un análisis de «la diversidad de las condiciones objetivas que caracterizan a cada país dentro de este conjunto» tomando en consideración las estructuras social, económica y política, así como su formación histórica. Samir Amin no olvida tampoco, claro está, la correlación de fuerzas en la que todo se juega, aun en el limitado escenario de la democracia liberal por la que apuestan las clases dominantes de dentro y fuera del país:

> se ha dado ya la señal de salida a la carrera: ¿quién conseguirá formular alianzas eficaces con las masas desorientadas, y eventualmente «encuadrarlas»: los Hermanos y sus islamistas asociados (salafistas) o la alianza democrática?[53]

La marcha de Ben Alí o de Mubarak, lejos de agotar el movimiento, no hace sino plantear nuevos retos como el de la transición y, con ello, la cuestión de cómo se articularán las diversas alianzas, cómo se llevará a cabo la transformación de las instituciones y de qué modo podrá la población ejercer un control efectivo sobre las mismas. La rápida convocatoria de elecciones libres en un breve lapso de tiempo en países con una sociedad civil apenas estructurada por fuerzas islamistas, lejos de constituir un triunfo de la población, amenaza con ser realmente la alternativa de las élites todavía dominantes, cuyo objetivo es impedir que el movimiento democrático pueda organizarse y hacer llegar su discurso a las masas desamparadas ajenas al ciberespacio[54].

Se trata, pues, frente a los ciberoptimistas que parecen olvidar el mundo real y frente a los liberales que no van más allá de la exigencia y del reconocimiento de ciertos mecanismos legales democráticos como las elecciones libres —ciertamente necesarios—, de reconocer la existencia de intereses opuestos, de una distribución desigual de recursos —de todo tipo de recursos—, de explotación económica y de control ideológico. Quizás el 15-M haya comprendido mejor que ningún otro la existencia de estas contradicciones.

«En Barcelona —me comentan participantes en la acampada de Barcelona vinculados a los sectores más combativos de la lucha radical en Cataluña—, a las vanguardias nos ha pillado con el pie cambiado», «ni siquiera los autónomos han estado en el asunto, se han sumado como han podido al carro». Ésa ha sido la tónica general. Nada hacía presagiar ni la extensión ni la difusión mediática de lo que se avecinaba.

Sin duda había condiciones que explicaban el descontento generalizado de la población, pero no el estallido organizado a través de las redes, especialmente twitter, por donde se multiplicaron mensajes cortos, instantáneos y de coste 0. Sin duda las imágenes de los países árabes aportaron ese grado de confianza necesario para decir «vale la pena». Los medios de comunicación, quizá de forma involuntaria, contribuyeron a ello. Algunos medios hablaron

52 Citado en C.E. Bayo, «La primavera árabe se marchita», en *Público*, 29/05/2011. http://www.publico.es/internacional/378915/la-primavera-arabe-se-marchita.

53 S. Amin (2011), «La primavera árabe de 2011», http://www.rebelion.org/noticia.php?id=129400.

54 Cf. *ibid*.

incluso de cierto «mimetismo» (Lluís Bassets, en *El País*, por ejemplo). Un observador de excepción de los acontecimientos tunecinos, Santiago Alba, reconocía un «déjà vu» y escribía:

> Pero hete aquí que lo que los jóvenes piden por igual, aquí y allí, en Túnez y en Madrid, en El Cairo y en Barcelona, es «democracia». ¡Democracia de verdad! Que la pidan los árabes parece razonable, pues vivían y viven todavía sometidos a dictaduras feroces. Pero que la pidan los españoles es más extraño. ¿Acaso España no es ya una democracia?[55].

Sin pretender responder a una pregunta cuya respuesta parecería obvia, reconoceremos que, ciertamente, «nuestros sistemas políticos son sistemas que están regulados cada vez más por la lógica de un capitalismo global con elementos liberales y principios representativos a modo de hojas de parra, con las que cubrir su desnudez moral y política»[56]. El grito «Democracia Real Ya» que se levantó en las diferentes plazas de España el 15 de Mayo pretendía justamente arrancar esas hojas de parra de modo que dejaran ver las vergüenzas ocultas tras ellas.

Curiosamente, la imagen griega acude en nuestra ayuda para comprender tanto algunas de las reivindicaciones de esos indignados del 15-M que reclaman una democracia real, como los límites de la democracia contemporánea.

Sin confundir la democracia directa griega con la idea de que «todos los poderes políticos de importancia eran ejercidos por el pueblo en asamblea»[57], Atenas nos muestra ejemplos reales del ejercicio de la soberanía por parte de los ciudadanos. A diferencia de, pongamos, España, en Atenas, el *demos*, esto es, la Asamblea, debatía y decidía sobre asuntos internacionales, sobre guerra y paz, sobre impuestos, sobre orden público…. Cualquier ciudadano podía presentar iniciativas legales y, por si fuera poco, el *demos* ejercía un control verdadero y efectivo sobre los magistrados, sobre sus decisiones y actuaciones —incluidas naturalmente las actuaciones corruptas. Hoy, por el contrario, nuestra participación se limita casi completamente al ejercicio de voto, excluyendo de forma explícita incluso la iniciativa legislativa popular (que requiere 500.000 firmas) en cualquier materia económica, internacional o propia de materia orgánica[58].

Manin puso de manifiesto el carácter inicialmente no democrático de la representación, subrayando al mismo tiempo la independencia de los representes respecto a los represen-

---

55 S. Alba (2011), «La Qasba en Madrid», 21/05/2011, en http://www.rebelion.org/noticia.php?id=128812. Santiago Alba ha residido durante años en Egipto y Túnez, vivió desde dentro la revolución tunecina y junto a José Daniel Fierro es autor de *Túnez, la revolución*. Hiru, 2011.

56 P. Resnick, *o.c.*, p. 172.

57 B. Manin, *Los principios del gobierno representativo*. Madrid, Alianza editorial, 2006 (2ª reimp.), p. 37

58 Resulta sorprendente en primer lugar el ámbito sobre el que los ciudadanos griegos tenían la capacidad de decidir, que alcanza justo aquellas cuestiones que a los ciudadanos españoles se nos niega de forma explícita en el aparentemente más democrático artículo de la Constitución de 1978, el artículo 87.3: «Una ley orgánica regulará las formas de ejercicio y requisitos de la iniciativa popular para la presentación de proposiciones de ley. En todo caso se exigirán no menos de 500.000 firmas acreditadas. No procederá dicha iniciativa en materias propias de ley orgánica, tributarias o de carácter internacional, ni en lo relativo a la prerrogativa de gracia».

tados como una de las características del principio de representación. Sostenía además que los representantes se han convertido en verdaderos fideicomisarios al perder su calidad de portavoces de los electores[59]. Nuestros representantes políticos lo saben, si bien no hacen alardes públicos de su no dependencia respecto al electorado salvo, claro está, lapsus al modo del «Ahora decides tú quiénes van a decidir por ti los próximos años» que rezaba la propaganda institucional del gobierno de Aragón en las elecciones autonómicas del 28 de mayo de 1995. Desgraciadamente la ley les asiste.[60]

Ante esta evidencia podríamos avanzar una desesperanzadora conclusión: que el voto, más que ejercer una función de control sobre los gobiernos, lo hace sobre los electores, pues «alimenta la ilusión democrática, […] legitima a los Gobiernos y sus decisiones»[61].

Contra esta desesperanza, contra las causas de la misma, se rebela justamente el 15-M.

El 15-M ha puesto en práctica algunos de los principios democráticos clásicos y ha denunciado la corrupción, la lejanía de nuestros representantes y su sometimiento a la instancia no democrática de los mercados. Así, ha puesto en marcha Asambleas, ha organizado Comisiones en las que la gente participaba libremente en función de aquello en lo que consideraba que podía aportar más —un equivalente griego de la autoselección que cuestionaría la idea del gobierno de los no capacitados— (por ejemplo, abogados en la Comisión Jurídica), y un sistema de funcionamiento horizontal y no jerárquico, horizontal.[62]

También han mostrado sus límites. Pese a que la simpatía que ha despertado el 15-M se extiende a todos los segmentos de la población, ya se trate de edad o condición socioeconómica[63], el tipo de convocatoria, la acampada, dificultaba la participación de personas con trabajo y obligaciones familiares. Como recordada Taibo,

> lo que empezaba a ganar terreno se vio beneficiado, en fin, por una notabilísima afluencia a acampadas, manifestaciones y asambleas que era tributaria de un hecho importante: eran much@s l@s que, sin trabajo, tenían todo el tiempo del mundo para dedicarlo al movimiento naciente[64].

---

59 B. Manin, *o.c.*, p. 149.

60 Así se desprende de, por ejemplo, la sentencia del juez Jesús Ernesto Peces Morate ante la denuncia presentada en 1986 por el cantautor catalán Lluís Llach contra el PSOE y su entonces Secretario General, el presidente del gobierno Felipe González, por incumplimiento de la promesa electoral de sacar a España de la OTAN. El juez, que en su resolución sostiene que «el control de la promesa electoral o del compromiso político, mediante exigencia de responsabilidad por su incumplimiento, es un interés social que los ciudadanos tienen necesidad de satisfacer», se ve obligado a desestimar la demanda porque, reconoce, esa necesidad no está amparada en nuestro ordenamiento jurídico. Así, la sentencia concluye: «La permeabilidad del sistema jurídico permitiría, con la asimilación de figuras jurídicas de otros ordenamientos, pertenecientes al mismo sistema, satisfacer el interés social no amparado o protegido en el nuestro, pero en los países o estados de nuestro ámbito cultural y jurídico tampoco se da respuesta a esa necesidad, lo que imposibilita importar al nuestro una figura jurídica que permitiese al juez amparar la necesidad sentida por el demandante, que, evidentemente, no es solo de él, sino de multitud de ciudadanos». Puede verse: http://elpais.com/diario/1986/06/25/sociedad/520034403_850215.html

61 E. Del Río, *o.c.*, p. 46.

62 Sobre este particular puede verse C. Taibo, *El 15-M en sesenta preguntas*, Madrid, Catarata, 2011, pp. 33 ss.

63 Barómetro nº 2905 del CIS, de junio de 2011. Sí puede observarse, no obstante, que la simpatía aumenta con el grado de estudios y es más baja entre las clases medias —especialmente las «viejas clases medias»— y los obreros sin cualificar. También se observa una mayor simpatía entre quienes se sitúan a la izquierda.

64 C. Taibo, *o.c.*, p. 35.

Ni siquiera las Asambleas, que veían multiplicar el número de asistentes a las plazas, corregirían ese sesgo sociológico característico. Y, sin embargo, tampoco se debe hablar de fracaso, sobre todo si tenemos en cuenta el extraordinario impacto mediático de un movimiento que estaba primeramente destinado a, utilizando unas palabras de Castells, «tomar el poder de las mentes, no el poder del Estado»[65].

Ahora bien, su prolongación en el tiempo —lo que ha provocado, como no podía ser menos, la aparición de problemas y contradicciones puestas de manifiesto desde el propio campo de los amigos, ATTAC por ejemplo[66]—, exigiría la definición de objetivos concretos y estrategias para conseguirlos, lo que a su vez obligaría a plantearse el modo de incidir de alguna manera en la política y, por ende, en las instituciones.

Se plantea así el viejo problema de definir tanto un modo de organización (y el papel y sentido de la representación[67]) como la actitud ante las instituciones, quizás en la triple línea sugerida por Subirats de «disidencia, resistencia e incidencia», asumiendo de ese modo su doble carácter, en tanto lugar de «legitimidad residual» y «espacio necesario de conflicto y de lucha»[68].

Habremos de reconocer en este caso que la red, además de su potencialidad como vehículo de solidaridad, podría facilitar la tarea de compartir y contrastar experiencias, pudiendo así adelantarnos incluso a la aparición de problemas que otros ya han afrontado; y, sin embargo, se hace imperioso reconocer un problema que, al haber sido soslayado en no pocas ocasiones por el empuje del nuevo mito de la deliberación, amenaza con dejarnos indefensos.

En la sociedad existen intereses enfrentados, antagónicos, ante los que no se puede ser neutral en nombre de no sabemos qué proceso deliberativo. La bienintencionada imagen de un afroamericano y un defensor de la supremacía blanca intercambiando argumentos, que parece añorar Sunstein[69], me parece simplemente provocadora. Y habremos de reconocer que aun en el interior del campo de los amigos también existen contradicciones. Existen además demasiados grupos que sufren diferentes formas de opresión y que las viven también diferentemente: mujeres, inmigrantes, homosexuales, enfermos…(o aun de mujeres inmigrantes, lesbianas y enfermas, siguiendo el razonamiento de Zizek), que no siempre encontrarán una alternativa unitaria al gusto de todos, pues «no existe ningún verdadero universal sin conflicto político»[70]. No existe, ni puede existir, una solución racional y definitiva a los problemas, siendo ésta necesariamente contingente y sometida siempre a la correlación de fuerzas entre las diferentes alternativas.

---

65 M. Castells, *o.c.*, p. 163. Con esto no quiero decir que el 15-M no pretendiera cambiar la realidad, haciéndome eco de las palabras que José Luis Sampedro leyera el 15 de mayo en la madrileña Puerta del Sol.

66 Puede verse, a modo de ejemplo, A. Garzón Espinosa, «Las acampadas amenazan al movimiento 15-M», 11/06/2011, en http://www.attac.es/las-acampadas-amenazan-al-movimiento-15m/

67 Los extremos están fijados: entre la denuncia rousseauniana de todo representante y la independencia que para éstos se reivindica desde el liberalismo —y los federalistas norteamericanos— no hay conciliación posible. Pese a todo, parece obvio que todo proceso de negociación y/o toma de decisiones exige la intervención de «representantes» con cierta capacidad negociadora (y autonomía por tanto); pero no menos obvio es que el principio de soberanía popular exige la aprobación última del *demos* y, por consiguiente, un verdadero control de éste sobre sus «representantes».

68 J. Subirats, en Colectivo Política en Red, *o.c.*, pp. 54 y 30 respec.

69 C.R. Sunstein, *o.c.*, p. 88.

70 S. Zizek, *En defensa de la intolerancia*, Madrid, Ediciones Sequitur, 2008, p. 34.

Como sostiene Chantal Mouffe,

> sólo si se reconoce la inevitabilidad intrínseca del antagonismo se puede captar la amplitud de la tarea a la cual debe consagrarse toda política democrática. Esta tarea, contrariamente al paradigma de «democracia deliberativa» que, de Rawls a Habermas, se intenta imponernos como el único modo posible de abordar la naturaleza de la democracia moderna, no consiste en establecer las condiciones de un consenso «racional», sino en desactivar el antagonismo potencial que existe en las relaciones sociales[71].

Concluimos

La democracia plantea hoy los mismos problemas de siempre, implícitos ya en su propia definición; esto es, la definición del *demos*, la determinación de qué significa gobernar y la delimitación del ámbito de actuación del gobierno. En este sentido, los movimientos de 2011 plantean de modo diferente los límites de una democracia que, en muchas ocasiones, ha quedado reducida al rito de introducir cada x años una papeleta en las urnas.

Frente a este modelo de democracia se reivindica un mayor protagonismo de la ciudadanía, lo que se traduce en una mayor exigencia de participación en ámbitos más diversificados y ligados a la vida cotidiana. La red se convertirá en una herramienta útil, nada menos, pero nada más. No podemos aventurar el desenlace de estas —o de otras futuras— luchas, si bien sí podemos, desde una apuesta democrática, aventurar «un punto de vista a partir del cual es posible formar juicios de valor: ¿en qué medida las leyes, las instituciones, las prácticas establecidas contribuyen a reforzar o limitar la participación popular?»[72].

71 C. Mouffe, *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, Barcelona, Paidós, 1999, p. 13.

72 E. del Río, *o.c.*, p. 128.